

DISCURSO DE INCORPORACION
A LA ACADEMIA CHILENA

LEÍDO POR

SAMUEL A. LILLO

EN LA

SESION SOLEMNE

CELEBRADA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE

EL 9 DE JUNIO DE 1929



Excmo. señor Embajador de España,
Señor Rector de la Universidad,
Señores Académicos:

ES muy grato y honroso para mí haber sido designado para reemplazar en la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, a uno de los poetas líricos de Chile, cuyo valor no ha sido todavía dado a conocer suficientemente, porque su vena poética, rica en sensibilidad y emoción, fué, en esta época turbulenta, como una rumorosa fuente escondida en la floresta y conocida sólo de los selectos varones que supieron apagar su sed en la frescura de sus claras ondas y coger admirados las innumerables pellas de oro fino que brillaban en el lecho de su cauce.

La juventud de este poeta se deslizó tranquila sin las tragedias que dejan honda huella en la índole de la obra intelectual.

Nacido en un hogar respetable y educado en

uno de los aristocráticos colegios de la capital, nunca le afligió el problema material de la vida.

Después de obtener su título de abogado, se asomó tímidamente al teatro de la política militante en 1888 y, al encontrarse en un campo enteramente ajeno, casi contrario al de sus ideales, se retiró modestamente como había llegado.

Pasó después al Consejo de Instrucción Pública, en el cual permaneció por muchos años, respetado por la serenidad de su criterio y la justeza de sus decisiones exentas de partidarismos.

Pero lo que atrajo siempre su atención principalmente fué la literatura y, en especial, la poesía, a la que dedicó todos los instantes que le dejaban libres sus tareas profesionales.

Fué uno de los fundadores de la «Revista de Artes y Letras», en cuyo primer número publicó su celebrado canto «El Dolor», y muchas de sus más valiosas producciones, en los siguientes.

Fué director del Ateneo de Santiago y miembro de esta Academia, en la cual leyó al incorporarse, un notable trabajo sobre las características de la Poesía Chilena.

Por su acendrado amor a España, fué nombrado Director de la Unión Ibero Americana en Chile, y en su junta directiva trabajó con entusiasmo por el restablecimiento de los antiguos vínculos espirituales que nos habían unido a la Madre Patria y que, después de 1866, se habían debilitado sensiblemente.

Aún me parece ver la figura esbelta y pálida de este cantor de antaño, de este representante de una época gloriosa para las letras patrias, erguirse serena y apaciblemente entre los movimientos apa-

sionados de los últimos tiempos, ajeno a las inquietudes e indiferente a las importaciones exóticas, oyendo sólo el ritmo interior de su corazón generoso, abierto a todas las corrientes sanas del arte sin limitaciones de escuelas ni de doctrinas.

Alma buena, sin descensos ni vértigos de altura, enemigo de la ostentación y del bullicio, este poeta, en su última jornada, bajó por la pendiente de la vida con el paso tranquilo y reposado de un peregrino que ha cumplido sus votos y que, al fin de sus andares, divisa el castillo ideal de sus ensueños y se acerca a golpear con su bordón la puerta misteriosa del descanso, que se le abre acogedora, porque ha llenado su misión de hombre y de poeta, entregando al respeto de la posteridad una obra espiritual plena de bondad y de belleza.

Reservándome para hablar más tarde de la obra de Concha Castillo con el detenimiento que no cabe dentro del marco de un discurso académico, me limitaré a dar a conocer solamente algunas características de su labor poética expuesta en dos volúmenes: *Al Vivir* y *Escenas Líricas*, publicado el primero en 1923, y el segundo, en 1926.

En estos días en que se tiene por un delito de vejez cuidar de la corrección y claridad del lenguaje, hay que hacer notar que Concha Castillo poseía estas cualidades en alto grado y por ellas, por su tendencia filosófica y por la sobriedad y selección de sus figuras, era ante la crítica de América un digno continuador moderno de aquella gran escuela que contó en sus filas a Caro y a Rioja, llamados los mantenedores del buen gusto frente a las corrientes exóticas que entonces invadieron las letras españolas.

Bien puede aplicarse también entre nosotros tan honroso nombre a este clásico poeta, que ha sabido mantener, en estos tiempos de inquietud artística, el prestigio y la honradez de las letras nacionales.

Sentimental sin exageraciones románticas, con la fantasía subordinada al sentimiento, como él mismo lo dice en el prólogo de su libro *Al Vivir*, sin invadir jamás campos ajenos, mantuvo siempre la expresión de su propia personalidad que, desde sus primeros trabajos, llamó sobre sí la atención y que luego se impuso con perfiles definitivos, ante la juventud de fines del pasado siglo, con su canto al Dolor y sus Elegías a la Palabra y al Sentimiento.

Era difícil despertar interés con el tema abstracto del dolor cantado por tantos poetas de todos los tiempos y que había sido tratado, algunos años antes en Chile, en una extensa oda escrita por Domingo Arteaga Alemparte. Pero el astro joven y vigoroso del poeta supo darle fuerzas nuevas de expresión en estrofas impecables como éstas:

¡Salve ¡oh! dolor, prolífica simiente
de gloria y de virtud: por tí al luciente
alcázar de los mártires se sube;
héroes y sabios con tu soplo creas
y engendras en la mente las ideas
como engendra relámpagos la nube.

Del suplicio de un Dios, mudo testigo;
nuncio de vida, inseparable amigo
de la humana grandeza de la historia;
crisol de donde el hombre deleznable
surge inmortal y hermoso a la inefable
morada de la paz y de la gloria.

Hombres, ideas, santidad, belleza,
portentos de la gran naturaleza;
la misma ley a todos les alcanza:
siempre la vida nace entre dolores,
como el alba entre sombras y vapores,
como entre sufrimientos, la esperanza.

Para gozar del aura de la vida
rasga el hombre con recia sacudida
de la torpe materia el lazo fuerte;
y al pasar de este mundo los umbrales,
para aspirar las brisas celestiales
rasga también las sombras de la muerte.

En su vibrante Elegía a la Palabra tiene estro-
fas que pueden aplicarse a nuestros tiempos, en las
que se lamenta del rebajamiento del arte, del culto
a la materia y de la falta de ideales:

.....El arte
de indomadas pasiones vil esclavo,
al contacto del lodo brilla a veces
con el tenue livor del fuego fatuo.
Ya bambolean y lúbrico se yergue
como un ebrio en la orgía: rasga el manto,
y en su danza frenética no encuentra
la etérea inspiración, sino el espasmo.
En jactancioso estilo lanza al viento
sus resonantes, híbridos vocablos,
cual pitonisa histérica que arroja
tras recia contorsión su espumarajo.
Ya los frescos pensiles se marchitan,
ya el polvo de la tierra va ocultando

el horizonte azul, y el noble anhelo
hoy no es más que un jayán de fuerte brazo.

Artistas, escoged un rudo bloque,
esculpid un coloso inmenso, basto,
decid que ese es un himno a la materia
y oiréis a vuestros pies truenos de aplausos.
No ceñiréis, poetas, vuestras sienes
con el lauro del triunfo, el regio lauro,
pues ya no sois, como antes, para el pueblo
videntes, o profetas, o inspirados.
Un opresor materialismo ha puesto
sobre todo lo ideal, negro epitafio,
y el alma ennegrecida y jadeante,
ya no aspira las brisas de lo alto.

Profundamente religioso, tuvo, como Santa Teresa y Fray Luis de León, los acentos sinceros e inconfundibles que manifestaban la solidez de sus creencias de las que manaba el tesoro inagotable de piedad cristiana que derramó a su paso por la vida.

Cuando conmovía su espíritu algún hecho heroico de la historia o de la tradición española, entonces este poeta místico y sereno erguía también su talla y tomando en sus manos el arpa de bronce de los grandes épicos castellanos, daba a los vientos sonoros himnos triunfales que algún día habrán de ser recitados, por un hijo de España agradecida, sobre los recios campos de Castilla y bajo el mismo sol hispano que alumbró las hazañas de sus héroes.

Y allí están, comprobantes de mis afirmaciones, su Apoteosis de Cervantes, obra de briosa juventud, con sus magníficas octavas reales de la pri-

mera parte y su majestuoso canto épico, *Madre España*, escrito en rotundas silvas castellanas, en el que brilla y se expande el amor a la lengua y a la raza.

En este canto dice:

Nos dió España su lengua, su sonora
rítmica lengua; arpada sinfonía
con floribunda nitidez de aurora
y opulencias de sol en mediodía:
todo en ella se pinta y se colora
con irisada, espléndida armonía.

El polífono idioma
que lleva en su estructura peregrina
alma, fuerza, color, lumbre y aroma;
y cual fulgente creación divina
el ritmo acorde de los cielos toma.

El gran río de esta habla, que Cervantes
encauzó en álveo de oro, corre y brilla
desde la antigua España a esta distante
región, en donde el eco resonante
aún vibra y canta con la voz de Ercilla.

¡Ercilla! cuyo numen grave, austero
iluminó una raza modelada
según su corazón. Cual caballero
de hidalgo temple y de nobleza suma,
a los que iba venciendo con su espada
los hacía inmortales con su pluma.

Su libro *Escenas Líricas* nos muestra otro aspecto no menos atrayente de su labor poética.

Tituló los trabajos de este volumen así, porque creía que la expresión lírica era su nota dominante.

Pero, además de las manifestaciones subjetivas, hay en estos poemas dramáticos todas las características de las piezas teatrales y algunos de ellos son pequeñas obras maestras en su género por el interés dramático y el movimiento de su acción, por la proporción artística de sus partes y por el ambiente local en que actúan los personajes.

En cada uno de estos cinco poemas, el poeta ha logrado con su talento, como lo deseaba, representar un período histórico o la faz de un ciclo literario.

Así desfilan por este libro los judíos primeramente en el episodio épico religioso de Jepté y en seguida en la Parábola de Cristo, La vuelta del hijo pródigo; los griegos, en el período en que empezaban a ser reemplazadas las supersticiones y las crueldades paganas por la piedad y la filosofía cristianas; los araucanos y los españoles, en una trágica escena de la conquista, y finalmente los provenzales de la Edad Media en una Corte de Amor interrumpida por los clarines guerreros que convocan a los trovadores y a los caballeros a seguir el estandarte de los Cruzados que marchan a Jerusalén.

Y en sus páginas surgen solos o en grupos armónicos los héroes a los cuales dió vida la fantasía del poeta:

Miriam, la hija obediente que sacrifica su amor al voto de su padre y Gamaliel, el joven caudillo enamorado; Bel-Luz, el déspota y Jersán, el amo paternal; Eurilo, el rápsoda pagano y Neomenia, la virgen cristiana inmaculada; Rayun, la flor araucana y Curivilu, la serpiente negra, y final-

mente, Isaura, la bella y poética reina de Provenza, en la Corte de Amor, aparecen tan finamente dibujados, como si fueran las figuras de un artístico gobelino colocadas por la mano consagrada de un maestro.

El corazón de este poeta, vaso de oro desbordante de sentimiento y de piedad, no podía dejar de sentir los sufrimientos de la raza aborígen que agoniza en un trágico escenario de miseria y abandono.

Por eso, en 1914, en la inauguración del Congreso de Araucanistas, vimos levantarse al poeta para leer, interrumpido a cada instante por los aplausos, su hermosa poesía, «El Despertar de una Raza», que es un llamado ferviente a las almas compasivas y generosas para que enciendan en los pechos de esa raza, otro tiempo vencedora y hoy moribunda, «la celeste llamarada del amor que es a un tiempo lumbre y paz».

Amor por lo bello y por lo justo, sentimiento, piedad, patriotismo, conciencia del valor de la raza, y confianza en su porvenir, todo envuelto en un sereno ambiente de cristiana filosofía y de sano optimismo, constituye el fondo de la obra de este poeta cuya ausencia personal lamentamos; pero cuyo espíritu fino y delicado revolotea en torno de nosotros con el ritmo armonioso de sus versos, semejante a una abeja laboriosa que nunca supo de luchas ni aguijones y que logró extraer fresca y dulce miel hasta de las flores amargas de la vida.

Si hubiera en nuestra América muchos escritores como este esclarecido hombre de letras, que a su amor por la poesía unió un verdadero culto por las bellezas del idioma, cuya integridad y pureza

respetó aún en los arranques de entusiasmo lírico que a muchos sirven de excusa para las innumerables faltas de dicción y de sintaxis que cometen, entonces sería una tarea fácil hacer comprender a los dirigentes de América cuánta importancia encierra para nosotros el mantenimiento de la unidad de la lengua como el lazo más sólido y eficaz que ha de retener perennemente unidas las veinte naciones de este continente dentro del gran marco de unos mismos ideales económicos y políticos.

La rapidez de los medios de comunicación que han conquistado no sólo las tierras y los mares, sino también los aires, entregados ahora sin que nadie se admire del atrevimiento, a las líneas de correos y transportes internacionales, está alejando cada día más la posibilidad de que se formen idiomas separados de la lengua primitiva, como sucedió en la antigüedad y en la Edad Media.

La configuración especial del territorio con montañas o desiertos que aislen a los habitantes de una región, el clima, la alimentación, las costumbres tradicionales van dando a un dialecto caracteres propios que, si se perpetúan y generalizan en el territorio, forman a la larga una modalidad lingüística especial.

Así nacieron las lenguas neolatinas en los pueblos que quedaron aislados después de la caída del Imperio Romano, y así también se formaron los dialectos romances españoles después de la invasión de los visigodos y de los árabes en la Península.

En América, si no surgieron las lenguas particulares en los años que siguieron a la conquista y en el aislamiento en que estuvieron estos países en

la época colonial, menos podrían formarse ahora porque no existen los factores que dan origen a la división de una lengua matriz.

Sin embargo, desde hace tiempo, han venido manifestándose en algunos países americanos los anhelos de llegar a poseer un idioma nacional, separado.

Estos deseos se han hecho visibles especialmente en la República Argentina en virtud de ciertas circunstancias que aparentemente los justificarían.

Felizmente espíritus cultos, de amplia visión continental que no se dejan llevar por engañosas corrientes nacionalistas, han combatido estas tendencias.

Entre ellos se destaca el distinguido y erudito escritor, don Arturo Costa Alvarez que, en sus valiosos libros *Nuestra Lengua* y *El Castellano en la Argentina*, ha refutado victoriosamente la tesis nacionalista.

La unidad del castellano en América y el mantenimiento de su pureza tradicional han tenido resueltos sostenedores, cuyas obras maestras han servido y sirven hasta hoy de normas reguladoras contra el desorden y el abuso en materias de lenguaje.

Entre los que han trabajado con más éxito por la unión lingüística de América se destaca, con perfiles definidos y enérgicos, don Rufino José Cuervo, una de las más acentuadas personalidades que han dominado las cuestiones gramaticales en Hispano América.

El señor Cuervo dice a este respecto en el prólogo de su conocido libro *Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje Bogotano*: «Por eso, mejor que dentro de ficticios linderos se agrupan las inteli-

gencias en torno de nombres como los de Cervantes, de Shakespeare y de Goethe; y por eso, cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es avigorar sus simpatías y sus relaciones, hacerlos uno solo».

Y termina con esta frase: Nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano americanas como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas».

Don Andrés Bello, a pesar de que en la exposición de su teoría gramatical se aparta de las doctrinas de la Real Academia, en su obra magistral, Gramática de la Lengua Castellana, dedicada a sus hermanos de Hispano América, se declara partidario de la conservación de la lengua castellana en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español en el continente americano; y agrega que el mayor mal que amenaza la estructura de nuestro idioma común son los neologismos de construcción que tienden a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos y bárbaros.

Y agrega que detener esta desorganización del idioma que él prevé es el principal motivo que ha tenido en vista al publicar su Gramática.

Esto no quiere decir que mantengamos el lenguaje fijo como una momia rígida conservada entre el polvo de los años.

Lejos de eso: todos sabemos que el idioma es un

organismo vivo que se desarrolla y se enriquece por las influencias que recibe.

El castellano de América puede, pues, aumentar su colorido y su fuerza de expresión con las palabras aborígenes que el pueblo y los campesinos empleen, con las formas dialectales, con los nombres nuevos de objetos de las ciencias y las artes.

Pero esto no altera su esencia ni debilita las vértebras de sus construcciones y regímenes. Siempre será el castellano y en él podrán entenderse sin dificultad todos los habitantes de este enorme continente. Con los idiomas sucede lo mismo que con la flora y la fauna traídas de regiones extrañas y remotas. Las rosas y las naranjas pueden haber alterado su aroma y sus colores al ser trasladadas a los campos de la América, pero serán siempre iguales o superiores a sus congéneres de Persia y de Valencia, y los toros bravíos de las pampas argentinas, a pesar de sus cambios exteriores, han conservado toda la fiereza y la soberbia de sus indomables progenitores de Andalucía.

Corresponde a las Academias Hispano-Americanas la noble tarea de defender la integridad del Castellano y de trabajar porque él sea el verdadero lazo de unión que, a pesar de los trastornos que hoy agitan el mundo y de los que amenazan a la humanidad futura, mantenga a todos los pueblos de este continente hispano como dignos continuadores de la cultura espiritual y material de España.

No hablaré aquí de ciertos trabajos que la Academia Chilena pudiera hacer o que sólo en parte ha realizado como publicación de un Boletín de Sesiones, ediciones de libros notables, certámenes literarios y premios a las mejores obras publicadas

en ciertos períodos de tiempos, porque nuestra corporación carece de los fondos que son indispensables para esta clase de labores y estoy cierto de que, en cuanto los tenga, cumplirá esta parte de su programa.

Trataré preferentemente de otras actividades que tienen una proyección más extensa y que podrían contar con el apoyo de todas las academias de América.

Una de las primeras labores, en este sentido, debe ser la celebración de un Congreso del Idioma en el que se propongan los medios más eficaces para mantener la integridad y pureza del Castellano en América, entre los cuales habrá de tener preferencia la preparación de un Léxico Hispano Americano que se agregaría como un suplemento al Diccionario de la Real Academia.

A este Congreso podrían concurrir delegados de todos los países de la América Española, nombrados por las Academias respectivas.

Los delegados se escogerían entre los escritores y catedráticos que más se hubieran distinguido en sus actividades literarias y docentes.

El Congreso del Idioma se reuniría cada dos o tres años sucesivamente en cada una de las capitales de América, y su funcionamiento sería materia de un reglamento orgánico que estaría a cargo de un comité provisional.

Y como una base para esta obra que considero de muy largo aliento, sería conveniente que, desde luego, la Academia Chilena nombrara una comisión de sus miembros que solicitara la cooperación de distinguidas personalidades de la enseñanza para ir preparando el estudio de las voces popu-

lares chilenas y de las de origen indígena que podrían formar parte del Léxico.

Hay ya en el país un copioso material reunido por selectos escritores, unos desaparecidos ya, y otros de cuyo talento y preparación todavía mucho pueden esperar el idioma y la literatura, como los señores Miguel y Gregorio Amunátegui, Zorababel Rodríguez, Manuel Antonio Román, Alejandro Cañas Pinochet; Fidelis P. del Solar, Camilo Ortúzar, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Rodolfo Lenz, Raimundo Morales, Ramón Laval, Aníbal Echeverría y Reyes, José Toribio Medina y Francisco J. Cavada.

Otra de las tareas que cumple llenar a las Academias Hispano-Americanas es procurar remozarse, a fin de que pierdan el sello de vejez y el carácter de tumbas arqueológicas con que las considera la juventud dinámica de América.

No deben esperar para llamar a su seno a los escritores de cada nación el que éstos se hayan imposibilitado para el trabajo por una larga labor profesional o artística; porque, de ese modo, sólo llevarán a la institución cuerpos fatigados y espíritus excépticos y desilusionados, sin ambiciones legítimas y sin anhelos de trabajo que sólo tomarán el sillón académico como un sitio de bien ganado descanso después de la jornada.

Esto no quiere decir que pretendamos que suban a estas doctas corporaciones jóvenes inexpertos y audaces que desprecian el estudio y desconocen los valores aquilatados por el trabajo. Deseamos que lleguen a ellas hombres en la plenitud de su vigor científico y artístico que, para juzgar y prestigiar la producción intelectual de un país,

tengan como apoyo la base indiscutible de un acervo espiritual suficiente y conocido.

Podrían para la feliz realización de estos propósitos, las Academias de América solicitar de la Real de Madrid la autorización para aumentar la cantidad de sus socios de número y para crear la clase de miembros cooperadores entre los cuales serían designados algunos de los jóvenes escritores o catedráticos del idioma, que en nuestro país forman un núcleo vigoroso y preparado, en el que figuran nombres que son conocidos fuera de Chile y cuyas obras se reproducen y comentan con elogio en las revistas de Hispano-América.

Pensemos también que son las Academias las llamadas a despertar en los escritores jóvenes por medio de comentarios y conferencias frecuentes, el amor y el interés por los, hoy calumniados, clásicos de la lengua.

Estudiarlos no es rutina: es buscar en los frutos maduros de su experiencia las enormes riquezas escondidas que periódicamente han renovado el tesoro del idioma y de las letras.

Son ellos las montañas que alimentan, con las nieves purísimas de sus cumbres, las corrientes de los llanos que no saben de dónde viene la fuerza misteriosa que las impele y los gérmenes de vida que hacen florecer de aromas y colores los páramos inertes que atraviesan.

Y sorprendiendo la ignorancia de los que nunca han sabido el valor y la influencia de los grandes luchadores que han abierto los caminos a los nuevos, allá van desfilando a nuestra vista las aventuras épicas del *Cid*, la sátira regocijada del Arcipreste, el eglógico panal de Carcilaso, la sobrie-

dad lírica de Fray Luis de León, los trompetazos bronceados de Fernando de Herrera, «el látigo silbante de Quevedo» y la trágica epopeya de Cervantes, síntesis de un pueblo y retrato inmortal de los tipos fundamentales de la humanidad.

Saludemos, señores, este libro universal que ha dado a nuestra literatura un carácter único y ha hecho llegar un destello del espíritu español hasta las más remotas regiones de la tierra.

Así como algunos cristianos, cuando sienten vacilar la llama de su fe al soplo de las vorágines humanas, abren, como una urna de esperanza, las páginas sagradas de la Biblia y en ella encuentran la palabra sacrosanta del maestro, que les sirve de guía y de consuelo, así también nosotros, los guardadores del culto del idioma, cuando la duda nos asalte o sintamos vacilar los ideales al golpe del materialismo positivo y demoledor, abramos también las páginas del gran libro inmortal de don Quijote, en cuyos caracteres, trazados con la sangre dolorida del más alto representante de la cultura espiritual del pueblo hispano, encontraremos, junto con las bellezas perdurables del lenguaje, los rasgos genuinos e inconfundibles de hidalguía y de idealismo que marcan la ruta que debemos seguir para ser los dignos continuadores de aquella gran raza, dominadora de un mar y civilizadora de un mundo.

Y finalmente, como un coronamiento de esta obra colectiva, la Academia Chilena podría dirigirse a sus congéneres de América para crear la Fiesta del Idioma que se celebraría anualmente el 23 de Abril, aniversario de la muerte de Cervantes.

Así como el Centro de la Unión Ibero-America-

na en Chile consiguió que fuera el 12 de Octubre consagrado como el día de la Raza, así también cumple a la Academia Chilena propiciar la celebración del Día del Idioma, en el cual se recordarían en todas las naciones hispanoamericanas, no las grandes siluetas de los guerreros ilustres y de los caudillos políticos, sino las figuras excelsas de los hombres que, con sus obras literarias y científicas, han logrado incorporar al movimiento intelectual del mundo la producción de esta joven América, hija de España, que, si nació ayer solamente, ya levanta su frente coronada de frescos laureles bien ganados y presenta a las otras viejas razas del planeta un corazón repleto de los mismos altos anhelos de belleza y de justicia que, con su sangre y su lengua, le dió su noble progenitora.

Conociendo los honrosos antecedentes de gran parte de las personalidades que ocupan los sitios académicos de América, abrigo la bien fundada esperanza de que muy pronto empezaremos a realizar el programa de trabajo que, a la ligera, he venido esbozando, y entonces estas instituciones cumplirán, en el más amplio concepto de su misión el lema histórico: *Limpia, Fija y da Esplendor*, que ostenta en su escudo la Real Academia de Madrid y que la nuestra ha cambiado modestamente en: *Limpia, Fija, y Colabora*.

Así, facilitando la cohesión del idioma y manteniéndolo limpio de toda influencia extraña y perturbadora, estas corporaciones llevarán a cabo la primera parte del referido lema y contribuirán eficazmente a mantener la libertad de acción de estas repúblicas que marcharán por sus caminos libres y abiertos, limpios de odios y rencillas fronterizas,

a cumplir, eternamente unidas por el lazo común de la palabra, sus análogos anhelos de perfeccionamiento.

Fijarán, en seguida, en los corazones de los pueblos hispanos, junto con las voces consagradas por la tradición, la imagen cariñosa de la Madre Patria y grabarán inamovibles en el libro de oro de todos estos jóvenes países los beneficios que su mano maternal les prodigara.

Y finalmente darán también esplendor a las letras españolas colaborando en la difusión y mejoramiento de la cultura hispano americana, que es una viva y juvenil florescencia brotada de la misma savia de aquellos árboles gigantes de la flora del arte castellano que, durante más de dos siglos, sacudidos sus ramajes por los vientos de la gloria, derramaron las ondas de su aroma sobre el mundo.



CONTESTACION DEL ACADEMICO R. P. RAIMUNDO MORALES

Excmo. señor Embajador,
Señor Rector de la Universidad,
Señores Académicos:

SIENTO íntimo placer en contestar, a nombre de la Academia, el discurso de mi amigo. D. Samuel Lillo.

El nuevo académico no es un principiante, sino un hombre curtido en el ejercicio de la pluma. No es tampoco un desconocido, que necesite que alguien le presente o dé a conocer en la vasta república de las letras. En Chile su fama es grande y bien merecida, como ganada al cabo tras largos años de asidua labor intelectual; fuera de Chile, que es decir, en España y en las otras repúblicas de origen hispano, su nombre es también harto conocido, y en más de una ocasión ha alcanzado alta y gloriosa resonancia. Añádanse a esto su tenaz consagración al estudio, su amor invencible a la madre patria, su pericia en el manejo del idioma castellano, el juvenil entusiasmo, la briosa actividad que despliega en todo lo que emprende, y se entenderá

fácilmente cuán acertada ha sido la elección que de él hemos hecho para que forme parte de esta Academia.

Y no es esto sólo. Por espacio de 36 años ha trabajado incansable por la difusión de la cultura española y chilena desde la Universidad del Estado, de la cual llegó a ser rector. Es abogado, profesor titulado de castellano en el Instituto Pedagógico, Miembro Académico de la Facultad de Letras y secretario del Ateneo de Santiago desde 1899. Fue además miembro del Consejo Superior de Letras y Bellas Artes y presidente por 7 años de la Unión Ibero-Americana.

¿Qué más? Pues hay más todavía. Dígase lo que se quiera contra las academias, pero es lo cierto que a ellas no entran sino los peritos en algún arte o ciencia. El Sr. Lillo entra como poeta, y quizá sólo como poeta. Prosa no ha escrito mucha. Fuera de los *Recuerdos Literarios*, anunciados, pero no publicados aún, y de un volumen de *Discursos*, tampoco publicados todavía, yo le conozco dos obras solamente. La primera se titula *Literatura Chilena*. Es un tomito de 222 páginas, en que se nos da un resumen de nuestra literatura en sus tres épocas: la que corre desde la conquista y la colonia hasta 1810; la de la independencia, o sea, de 1810 hasta 1842, y, por último, la que se extiende y dilata desde esta fecha hasta nuestros días. Abarca todos los autores muertos y sólo uno que otro de los vivos, es decir, los consagrados ya por la fama y cuyo mérito no puede revocarse a duda. El compendio está muy bien hecho, es sustancioso y su autor juzga con imparcialidad, o sea, con verdad; rara vez su criterio deja de guiarse por la pura considera-

ción del arte y la belleza. Ciertó que algunos autores de valer están tratados con demasiada brevedad, pero ello se debe al afán de ser breve a toda costa, pues la obra se escribió para que sirviera de texto en los establecimientos de segunda enseñanza. En general, la obra es excelente como texto, y lo será más todavía en la quinta edición que está en prensa y que vendrá aumentada con una antología contemporánea.

La segunda lleva por título *Ercilla y La Araucana*. El amor del autor a la patria y a la raza se propone en esta obra dar a conocer las partes principales de la epopeya de Ercilla, que es también nuestra y que, como tal, debería ser mucho más conocida y leída de lo que es. Leerla es recordar la nobleza de nuestro origen, ya que «no hay literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble origen como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Araucana*». (Menéndez y Pelayo). Tras de condensar en pocas páginas la biografía del poeta, el Sr. Lillo trata del argumento, del plan, de la máquina, del estilo, de la versificación y de muchas otras cosas del poema de Ercilla, y termina con una lista muy útil de los nombres propios empleados por el épico español. De esta suerte el lector queda bien enterado de la vida de Ercilla y de las notas características y esenciales de *La Araucana*. Claro que no era fácil decir cosas nuevas después del estudio de Medina; pero, si el Sr. Lillo no es nuevo, tiene en cambio el mérito de la brevedad recogida y sustanciosa. Y esta es la mejor alabanza que merece el libro de nuestro nuevo compañero.

Sin embargo, el mérito principal de éste no está en sus obras prosaicas, sino en sus obras poéticas.

Es uno de los mejores poetas de nuestro Parnaso. Y también es uno de los más constantes y fecundos. La poesía ha sido siempre la dama de sus pensamientos. Sucede con este vate algo curioso. Su primera poesía es de 1886. Desde entonces acá el canto no ha cesado nunca de sonar en sus labios, así en los prósperos como en los adversos casos de la vida. Ha sido una especie de nazareno de la poesía, consagrado a ella desde sus años primeros; ha sido el *musarum sacerdos* del lírico latino; ha sido el bardo que él mismo nos pinta en una de sus composiciones, avanzando impertérrito y sereno, por sobre el océano inmenso del arte, hacia la lejana región del ideal, sin que le ciegue la vista el incienso de la gloria ni logre arredrarle la envidia miserable; bardo semejante a una blanca gaviota que vuela por sobre el abismo del mar hacia una playa remota, sin extraviarse jamás entre las brumas y sin que la espuma consiga, al saltar, detenerla en su marcha fugitiva.

Esta constancia, esta fecundidad, esta fidelidad del señor Lillo a su dama ideal ha sido bien recompensada, tanto en su patria como fuera de ella. Creo que él no puede quejarse de lo contrario. La prensa se ha hecho lenguas de él; la crítica más docta le ha sido, en general, favorable; en certámenes o justas literarias ha sido premiado innumerables veces. En el concurso poético abierto por la Universidad de Chile en 1914 en homenaje a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico, obtuvo doble premio. Se presentaron 10 composiciones. Desechadas las ocho primeras, quedaron las dos últimas disputándose el premio, hasta que el jurado, tras concienzudo examen, decidió pre-

miar las dos. Abiertos los sobres, se vió que ambas eran de un mismo autor: D. Samuel Lillo. Raro triunfo, triunfo sin precedente, salvo el caso de D. Eduardo de la Barra. Mayores todavía son los triunfos y premios alcanzados por nuestro poeta fuera de Chile, en especial el obtenido en España y adjudicado por la Real Academia de la lengua en 1927 a sus *Cantos filiales*, que no son otra cosa que un himno triunfal, prolongado y resonante a las glorias inmortales de la madre España. Esta victoria ha venido a sellar definitivamente la fama poética del autor.

*

* *

¿Y de qué naturaleza es su poesía? ¿Es lírica, o es épica? Unos tienen al señor Lillo por lírico, otros por épico. Yo creo que es ambas cosas a la par, pero muy principalmente épico. Sus poesías son odas heroicas, con más de heroico que de oda. La poesía es lírica cuando el poeta canta sus propias ideas y sentimientos, sus tristezas o alegrías, sus anhelos, temores o esperanzas, ora se inspire en sí mismo, es a saber, en el espectáculo que le ofrece el mundo misterioso de su espíritu, ora en el que presentan a su vista las cosas externas, cuya impresión el poeta recoge y aprovecha. La lírica es la expansión o derrame de la propia personalidad, que, como la saeta en su blanco, se clava y engasta, permítase la frase, en la forma sensible, y queda allí vibrando con trémula y armoniosa resonancia. Y en esto precisamente se distingue de la épica, y no en que la lírica no narra y la épica sí. ¿Qué

poesía no narra, a no ser que, como chistosamente observa Valera, nos la imaginemos compuesta de ayes, suspiros e interjecciones? En lo épico la personalidad del cantor desaparece, o se retrae y oculta, y el poeta canta, no los hechos o sucesos de su alma, sino los de la vida de los demás hombres.

En la poesía del señor Lillo hay, sin duda, algo de lírico, máxime en las composiciones de su juventud y en una que otra de estos últimos años; pero no hay lo bastante, ni mucho menos, para graduarla de lírica con exclusión de lo épico. Y esto no cede en mengua de su musa, que es capaz de todo. Si no es más lírica es porque no ha querido serlo. En cambio, ha querido ser épica, y lo ha sido. Aquí el poeta está en su elemento y hace milagros.

¿Y qué canta? Canta las cosas y los hombres, pero no cualesquiera hombres y cosas, sino los de su patria y raza, los de Chile y España. ¡Chile y España! Hé ahí los dos únicos, pero ardentísimos amores del poeta. Lillo es un español perdido entre las selvas araucanas. No es quizá muy amplio el espacio en que se mueve; pero se mueve y revuelve en él con tal desembarazo, con tal dominio de los recursos de su arte, con tal plenitud de conocimientos de todas las cosas, que parece un señor que hace y ordena en su casa como mejor le place. Por eso, en su género y en su círculo es grande. La naturaleza y las glorias y hazañas de su raza son la tierra espiritual y sagrada a cuyo contacto la épica musa de Lillo cobra insólita fuerza, se agranda y agiganta, como el Anteo de la fábula al contacto de la tierra material. Así en España, Pereda, épico en prosa, saca su fuerza inaudita de su propia limitación, de su reducido terruño, de su ángu-

lo risueño, como diría Horacio, de su «huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres», como dijo por hermosa manera doña Emilia Pardo Bazán. Es sabido que el arte, al contrario de la ciencia, vive de lo concreto y limitado; lo abstracto y general es su muerte. Por donde yo pienso que Lillo está bien donde está: por eso ha agradado tanto a sus conciudadanos; por eso es original y potente; por eso su nombre irá siempre unido al de la raza: él se ha esforzado por vindicarla e inmortalizarla en sus cantos y ella comienza ya a premiar sus esfuerzos haciéndole particionero de su gloriosa inmortalidad.

Dije que nuestro poeta se movía en su esfera como un señor en su casa. Lo cual es efecto de dos causas. Primeramente, de su inspiración. La inspiración es la hora del artista, su momento feliz, el estado de entusiasmo, de actividad, de agitación de sus facultades creadoras. Procede a su vez, como actividad que es, del amor. El amor es la vida, o, si queréis, la forma sustancial del arte; sin él, el ingenio no crea, porque la creación artística es movimiento, y sólo el amor mueve: *L'Amor che muove il sole e l'altre stelle*, que dijo el épico italiano. Ahora pues, el señor Lillo tiene este amor en máximo grado. Es un poeta enamorado de los asuntos de sus cantos. Su corazón está siempre abierto a ellos de par en par, no de otra suerte que la puerta de la ruca del araucano, que él nos pinta franca y abierta a los hombres y a las ráfagas; o como el pecho noble y sano de ese mismo pueblo, abierto siempre a las influencias de la verdad y del bien. Y ama las personas y las cosas, lo que tiene vida

y lo que no la tiene: al indio y a su ruca; a Caupe-licán y al lugar testigo de sus proezas; al puma y a la selva que le sirve de guarida; al cóndor y a Los Andes altísimos donde cuelga su nido; a los cuervos, gaviotas y golondrinas y al mar donde nadan y juegan revoloteando; a las toninas y al manso litoral por donde desfilan, haciendo saltar la espuma, al asomar la aurora y abrir el sol su pupila de oro sobre las aguas apacibles del golfo austral. Este férvido y universal amor es la base de la inspiración del poeta y lo que comunica un soplo de lirismo a su épica trompa.

Podrá tildarse al poeta de cualquier cosa, menos de que le falte la hervorosa y centellante llama del amor, que en todo caso puede servirle de excusa, como le sirve a Dante para con Virgilio, cuando éste se le aparece de improviso en la oscura selva del infierno: *Vagliami il lungo studio e il grande amore*.

Pero entendámonos. El amor de nuestro poeta, si profundo, no es violento. Y conforme a su amor es su inspiración: moderada, tranquila. Muy rara vez tiene alguno de esos arranques o arrebatos que parecen sacar al espíritu de su centro. Por este lado es clásico, a saber, claro, medido, ordenado, armónico. Nada de extravagante, todo sensato y bien pensado y ejecutado. Tiene, sin duda, fértil y luminosa imaginación, pero no tiene la orgía de la imaginación. Sujeta siempre esta facultad a la razón, en lo cual se conoce que no es alumno de la escuela modernista. Cejador escribe de él: «Poeta épico a la manera clásica, descriptivo y sencillamente narrativo, incommovible entre las perturbaciones artísticas modernas, siempre en su tono, ha

cantado con clásica serenidad las glorias de la patria y la hermosura de la naturaleza». ¿Quiere decir esto que sigue una escuela determinada? No. Si es clásico, es porque esa es la condición y tendencia de su ingenio. Yo no veo en Lillo ni el más mínimo rastro o conato de imitación de nadie. Y al fin y al cabo, aunque fuera un clásico adrede, de caso pensado, ¿por ventura es ello un crimen? No. Todo el mundo debe ser clásico, puesto que el clasicismo no es más que el sentido común puesto en letras de molde. Por otra parte, la clásica y apacible serenidad de Lillo, signo cierto del equilibrio de sus facultades o de lo que los griegos llamaban *sophrosyne*, se acomoda y ayuda mucho al tinte de suave y honda melancolía de sus cantos, tan natural en la raza noble, pero infeliz que va pasando por ellos gimiendo y llorando, aunque siempre resignada con su suerte. Por esta tristeza, y acaso por ella sola, conmueve muchas veces. Sabiamente observa Balmes que, teniendo nuestra alma el carácter de desterrada, «sólo la afectan vivamente objetos tristes, y hasta los que andan acompañados de la bulliciosa alegría necesitan de hábiles contrastes que les comuniquen un baño de tristeza».

Dije que nuestro poeta es ordenado. Este orden dentro de la libertad hace que cueste poco, supuesta la debida instrucción, seguir el hilo de su discurso, el desenvolvimiento de la materia. Diríase que antes de poetizarla la había extendido en prosa; procedimiento no muy artístico, sin duda, pero no opuesto tampoco a la libertad de la creación artística. Quintana lo hacía así.

En segundo lugar, el señor Lillo posee una ilus-

tración histórica vasta y sólida. Conoce perfectamente la historia de Chile y de España, y aún la de toda la América Española, y sabe sacar partido de los hechos, seligiendo, con pericia de artista, lo mejor, lo más interesante, lo más representativo y característico. Se revela en todas sus obras, pero bastarían a probarlo sus *Cantos filiales*, el *Canto a la América Latina* y los contenidos en el *Chile heroico*. Y esta ciencia no es sólo la que se adquiere en los libros, sino una ciencia vivida, una ciencia de vista. Nacido en el golfo de Arauco, el poeta ha visto y experimentado lo que canta. En esto se parece a Ercilla, que cantaba en la noche lo que viera en el día, idealizando con su pluma a los mismos que iba venciendo con su espada. Tan abundantes son las nociones históricas, geográficas y de otras especies, que a veces hasta le dañan un tanto cuanto.

Yo no participo de la opinión de los que creen que el mucho saber empee a la inspiración y ahoga y mata la fantasía. Dante, Goethe, Leopardi, fray Luis de León, eran muy sabios y derramaban a manta su saber en sus versos, y, sin embargo, eran grandes e inspiradísimos poetas. Creo, no obstante, que no sólo los procedimientos, sino la materia y aún el lenguaje de la ciencia son distintos de los del arte y que, por tanto, hay que idealizarlos muy bien para que puedan convertirse en materia poética. La ciencia es producto de sólo el entendimiento; el arte, de varias facultades. No hay que olvidar que el arte es la realidad idealizada, o sea, el triunfo de la idea sobre la materia. De la no suficiente idealización provienen los prosaísmos, así de idea como de lenguaje. Algo de esto hay en las

poesías del señor Lillo, pero son pequeños lunares en un rostro muy bello. Además, una composición no puede tacharse de prosaica por tal cual palabra o verso flojo o menos poético que aquí y allí la deslustren, sino por el total o conjunto, y éste en las poesías de nuestro autor no puede ser más armonioso y poético. ¿No tiene acaso prosaísmos, y aún cosas de peor gusto, *La vida es sueño* de Calderón, con ser y todo una obra de la más alta poesía? La carencia de pequeños defectos no suele ser virtud de los altos genios.

Otra cualidad del señor Lillo, y quizá la principal, es la poderosa visión de la realidad que canta. No conozco otro poeta chileno que en esto se le pueda comparar. La visión es completa. Cada estrofa, cada verso es un pedazo de la naturaleza viva y palpitante. Esta prenda se la reconocen todos. Lillo es lo que ahora, con término filosófico, llaman un poeta objetivo, o sea, un poeta que toma la realidad externa y material por objeto y base de su canto, persuadido a que, como dice un moderno estético, «la realidad más vulgar y humilde, vista a fondo, vale y significa mucho más para el arte que la más ambiciosa huera fantasía». Rara vez asocia lo moral a lo físico, su persona a las cosas o personas que canta. No procede como Leopardi, por ejemplo, que, si nos pinta la vida solitaria del pajarillo en la cumbre de la vieja torre, desde donde canta al aire libre hasta que muere el día, es para comparar su propio vivir al vivir solitario del pajarillo. Pero si no procede así es porque no podía así proceder. Ya hemos dicho que el nuestro no es, estrictamente hablando, un poeta lírico, sino épico. En cambio, ¿qué ojos los suyos

para verlo y observarlo todo! ¡Qué imágenes más vívidas y hermosas, qué lenguaje más gráfico y fuerte para pintar todo lo visto y observado! Es tanto, que a veces hasta se echan menos los tonos suaves y delicados en que el ánimo se aquiete y repose.

Y como ve mucho y claro, describe también mucho y por admirable modo. Los antiguos no describían, o describían muy poco. La descripción la incluían en la acción. Agudamente observa Valera que Homero no describe el escudo de Ulises, sino que «a nuestra vista enciende la fragua, derrite el oro, el bronce y los demás metales, pone el martillo en la diestra y las tenazas en la mano izquierda del dios y hace que fabrique el escudo y que al compás que le va fabricando le vayamos viendo».

Esto es verdad, pero es lo asimismo, y el citado crítico lo confiesa, que, aún conservándose intacta la esencia del arte, sus procedimientos varían con los tiempos. El arte, reflejo y trasunto de la civilización de un pueblo, sigue los cambios y vicisitudes de ella. La civilización antigua era más simple que la nuestra, que es compleja y refinada. Natural es, por ende, que nuestro arte sea también más refinado y complejo que el de antaño. Además, el sentimiento de la naturaleza de los modernos es más hondo y vivo que el de los antiguos. No podemos, de consiguiente, reprobar las descripciones ni en lo épico ni en lo lírico. Lo reprobable y vitando es sólo el exceso, que tiende a desnaturalizar el arte, dándole por fin el procedimiento mismo. Nuestro poeta describe bastante, sin duda; pero rara vez describe por describir. El sabe muy bien que la poesía es ante todo acción y que lo que

importa no es tanto el lugar donde el suceso acaece cuanto el suceso mismo. Fuera de que sus descripciones son siempre hermosas y al describir no hace más que seguir la índole de su ingenio.

Por último, a pesar de que el género épico se presta tal vez como ningún otro a la afectación y bambolla, el señor Lillo es siempre sencillo, natural, espontáneo. En su poesía se retrata el hombre o lo que es él mismo. En las comparaciones aparece más clara esta cualidad. Comparar es ver las relaciones que las cosas tienen entre sí, y supone un entendimiento perspicaz y comprensivo al par que una rica fantasía, máxime cuando la comparación es larga, porque entonces se aumenta el número de relaciones. Nuestro académico las hace por la mayor parte largas, en lo cual se parece a los épicos antiguos, sobre todo a Homero, al cual se asemeja, además, en cierto candor primitivo y muy agradable, que no es propiamente imitación buscada y pretendida, sino efecto natural de su carácter bueno y sin doblez. Por eso es siempre sencillo y natural, aún en las comparaciones largas y entonadas, como es de ver en sus cantos a la lengua castellana, a Vasco Núñez de Balboa y a Isabel la Católica. Y a veces esta sencillez frisa en lo sublime. Sabido es que, consistiendo lo sublime en la falta de ecuación o armonía entre el fondo y la forma, entre la causa y el efecto, en la esfera del arte la expresión debe ser lo más sencilla posible, a fin de que no se restablezca la armonía, y el fondo supere a la forma, el cual, no cabiendo en ella, se desborde de ella y la belleza se convierta en sublimidad. Así se concibe que lo sublime sea relativo y para Dios, que conoce todas las causas y

esencias de las cosas, no haya nada sublime. Y no sólo es sencillo nuestro poeta en las comparaciones, es también completo: aplica la comparación en todas sus partes, como para que el lector advierta la exactitud de la aplicación.

Pero no nos engañemos. Su naturalidad o sencillez es efecto del arte. Lillo es un gran artista. Creen algunos que es cosa fácil la naturalidad, y se engañan. No hay nada más difícil que escribir con facilidad y sencillez, prenda que no hay que confundir con la pobreza idiomática y artística. Uno lo admira en los grandes escritores, cree poder hacer lo mismo, prueba a ejecutarlo y no le resulta, quedando a cien leguas del modelo. Es que veía sólo lo aparente; la realidad se le ocultaba, y la realidad es el arte. Por eso, para ser natural hay que ser artista. Dignos de compasión son los que dicen que no hay que poner tanto cuidado, tanto estudio y esfuerzo en escoger la palabra, en construir la frase, en pulir el estilo; que hay que dejar correr la pluma sola, espontánea, sin artificio. Esta naturalidad o generación espontánea es una ilusión. Los que piensan que existe, confunden lo natural con lo vulgar. La obra de arte es hija principalmente del entendimiento, y el entendimiento da a luz sus hijos con dolor o esfuerzo, como la mujer castigada por Dios en el Edén. De esta falsa idea sobre el arte de escribir vienen todas las calamidades literarias que en estos tiempos padecemos. «La gran facilidad en el acto de la producción, dice un notable estético, es, por regla general, patrimonio de las medianías que con todo se contentan». Y ello es claro. El arte supone esfuerzo, lucha entre la idea y la materia. Mientras más es-

fuerzo, mientras más parte de su propia persona ponga el autor en su obra, ésta será más excelente, porque será más humana. Y será también más natural, porque el dicho esfuerzo tira a confundirla con la naturaleza que le sirve de base y fundamento. De aquí que una obra puede ser muy artística y trabajada y al propio tiempo muy natural y espontánea. En la prosa Valera y en la poesía Núñez de Arce no me dejarán por mentiroso. Refiriéndose a la fábula *El Charlatán y el Rústico*, escribe el primero de los citados autores: «El lenguaje realmente natural sería inaguantable. No está el toque del arte, como quería el Rústico, en hacer aplaudir el gruñido como artificioso y fingido, sino en que lo fingido, ideal y artificioso parezca natural sin serlo, y talvez sin que pueda serlo, aunque lo posible no tiene límite conocido». La ficción, pues, hábilmente disimulada es la cumbre del arte, y para disimularla se requiere esfuerzo y trabajo. Los fáciles, es decir, los perezosos y vulgares están condenados a vivir siempre lejos de la tierra santa del arte.

Por fortuna, éste no es el caso del nuevo compañero: él es fácil, sencillo, natural, porque es artista. Complázcome, pues, en saludar al inspirado artista que, con gloria propia y de la patria, mantiene firme y enhiesto en su diestra el cetro de la poesía épica de asuntos nacionales.

*

* *

No menos artista se muestra el nuevo colega en el discurso que acabáis de oír, o, mejor dicho, es-

cuchar. Después de trazar con toques vigorosos la noble figura de hombre y de poeta lírico y dramático de su predecesor el señor Francisco Concha y Castillo, gloria de esta Academia y de las letras nacionales, pasa a tratar del idioma castellano como lazo de unión entre las veinte naciones que en América lo hablan.

Oprimido, como él mismo lo dice, por el estrecho marco de un discurso académico, sólo trata de algunas notas características de la labor poética del señor Concha. Tanto mejor. Así me brinda a mí la oportunidad de decir algo también, aún a riesgo de deslucir lo dicho por él tan brillantemente, y de rendir un tributo de admiración, cariño y gratitud a uno de los amigos más íntimos que he tenido en mi vida, y que desde la altura de esta misma tribuna me recibió en esta docta Academia en 1924.

Dos cultos llenaron los 72 años de vida del señor Concha, coronándolos de gloria purísima y de méritos excepcionales ante la patria y ante Dios: el culto de las letras y el culto de las virtudes cristianas. Vivió casi siempre lejos del mundo y sus ruidos, consagrado a la piedad cristiana. Era el varón de la Escritura a quien tocó un alma naturalmente buena. Nunca la más leve sombra entoldó el cielo clarísimo de sus ideas y creencias religiosas. Tenía una fe profunda, y consecuentes a esta fe eran sus obras. Para él, sólo el Cristianismo tenía la virtud de descifrar el enigma del destino humano, de señalarnos, sin temor de equivocarse, el objeto y fin altísimo de esta vida mortal y de enseñarnos a apreciarla en lo que vale. De aquí la preferencia que daba a la práctica de las virtudes cristianas sobre toda otra actividad y ocupación,

por noble y elevada que fuese. Por eso su poesía es tan rica de esperanzas ultraterrenas e inmortales. Concha, como el colombiano Cuervo, se ocupaba en las cosas de aquí abajo, incluso sus trabajos literarios, como el viajero que se entretiene en cualquier cosa mientras suena el pito que anuncia la partida del tren a su destino.

Nunca, con todo eso, dejó de rendir intenso y fervoroso culto a las letras. En prosa escribió bastante, sino que todo anda por ahí disperso en diarios y revistas, porque la modestia nunca le permitió reunirlos en libro. Harto notable es el estudio titulado *Humanidad y Patria*, en que no sabe uno qué admirar más, si el aticismo del estilo, el lenguaje correcto, puro, de la más legítima cepa castellana, o la claridad y plenitud de ideas. Es imposible fijar, precisar con mayor claridad, con más hondura de pensamiento de lo que lo hace Concha los conceptos de patria y humanidad, tan mal entendidos y falseados por entonces entre nosotros y aún en todo el mundo.

Discursos académicos dejó varios, que no tienen nada de estirado, de ceremonioso, de frío. En él todo era placidez de estilo, calor de vida, llenez de pensamiento. En su discurso de recepción en esta Academia el año 1915 se echan de ver, sobre todo, estas cualidades de su admirable pluma. El *Boletín* de nuestra Academia guarda como un tesoro este discurso, en que se estudia la poesía chilena, poniendo de relieve sus principales caracteres, que, en general, no son otros que los de la escuela genuinamente castellana, o, mejor dicho, salmantina.

A estos lauros de ático prosista y penetrante filósofo añadía el de lingüista. Sobre esta materia

dejó no poco escrito, bien que de nadie o casi nadie conocido. Tampoco son conocidos los copiosos apuntes que, año por año, venía haciendo para escribir un texto de Estética o Teoría Literaria. Es lástima que los dichos apuntes vayan a quedar para siempre sin la forma definitiva que su autor les habría dado. Habrían sido algo enteramente nuevo en Chile, donde estos estudios no tienen cultivadores.

Pero ningún lauro más verde ni radiante ciñó la frente del señor Concha que el de poeta. Puede cegarme la pasión o la amistad, pero es lo cierto que siempre le tuve por el primer poeta lírico de Chile. Dejó publicados dos volúmenes de poesías, y un tercero inédito, que ojalá viera la luz cuanto antes, viniendo a hacer compañía a sus hermanos.

Las cualidades de la musa de Concha son de todos conocidas: entonación robusta y sostenida, a par de una suavidad, dulzura y sencillez que cautivan; versificación fácil, rotunda y triunfadora, que le asemeja mucho a Núñez de Arce, aunque por las ideas y sentimientos se diferencie tanto del poeta de la duda; concepción poética clarísima, lo que prueba que nuestro vate, a fuer de verdadero artista, no separaba jamás la idea de la forma, sino que ambas las concebía juntas e inseparables; un acendrado buen gusto, hijo de la vieja y clásica tradición española; imaginación apacible y pintoresca, capaz de colorarlo e iluminarlo todo con los tintes más suaves, delicados y espléndidos; un fondo de moralidad intachable; marcada tendencia a moralizar, lo cual no destruye, sin embargo, el arte del poeta, porque no se lo propone como fin ni cosa principal: consiste en toques rápidos y fugi-

tivos, que brotan por manera naturalísima de las entrañas mismas del asunto; por fin, un tinte de suave melancolía, o sea, el sentimiento legítimo, puro y profundo, que, derramándose por las inspiraciones de su musa como un calor penetrante y confortativo, las informa y da vida imperecedera.

Pero de todas estas prendas o cualidades ninguna mayor que su poder de idealización. Era éste tan grande y poderoso, que no había asunto, por árido y prosaico que fuese, que no derramara lumbré al toque de esta mágica vara de su ingenio. El ingenio de Concha, como el rey Midas de la fábula, convertía en oro cuanto tocaba. La mayor parte de los poetas hacen versos, pero no poesía. Es porque no idealizan; dejan la materia intacta o en bruto: las facultades estéticas no han obrado sobre ella, y cuando éstas no labran y transfiguran primero la materia prima ofrecida por el entendimiento, no hay obra de arte, no hay poesía. Quiere Horacio moralizar, afirmando la ley de la transmisión hereditaria, y dice: «Vive en novillos y en potros el brío que recibieron de sus padres. No engendran tierna paloma las águilas fieras».

Yo pienso con Quintana y el sabio Caro que la esencia de la poesía está en la idealización, esto es, en penetrar con la mente lo más íntimo de las cosas, abrasarlo con el fuego del sentimiento y ofrecerlo a los ojos del lector, por medio de la fantasía y de un lenguaje escogido, bañado en la fúlgida luz de la hermosura. No todos son capaces de esto, sino tan sólo los de entendimiento perspicaz, de sensibilidad exquisita y de imaginación fresca y creadora. Cuando esto hay, hay poesía. Y hay eso mismo lenguaje rico y espléndido, el cual es parte

esencial en la obra de arte, digan lo que quieran las Retóricas y Poéticas al uso. Por más hermosa que sea una persona, no nos agrada ni satisface del todo si se nos presenta mal vestida y sucia. Creo que no hay una línea que separe absolutamente, en una obra de arte, la forma externa de la interna. Creo más: creo que el dicho común entre los estetas de que las obras de arte viven por la forma interna, es verdadero, pero incompleto: viven por ambas formas: la interna y la externa, que son inseparables. No concibo la *Eneida* sin la espléndida forma externa de que la vistió Virgilio, ni al loco cuerdo de Don Quijote sin el manto de oro y grana que echó sobre sus hombros la mano potente y creadora de Cervantes. Ninguna obra de arte es de lenguaje descuidado. Si no tuviera otro argumento para probar mi tesis, me bastaría el que me deparan los dos ilustres poetas de que he hablado hasta aquí, los cuales no sólo visten con la decencia del común de los hombres, sino con la pulcritud y elegancia de los grandes señores.

*

* *

Tema del discurso del señor Lillo ha sido el idioma castellano como lazo de unión entre las repúblicas hispano-americanas. Mucho podría decir yo también sobre lo mismo, si no para demostrar lo que brillantemente demostró el nuevo académico, a lo menos para corroborarlo; pero el temor de molestaros con este ya largo y pesado discurso me lo impide. Heme, pues, de contentar con decir en general, reservándome este tema para un próximo

trabajo, que hoy por hoy no tenemos ningún motivo para temer que la dicha unidad se rompa o llegue algún día a romperse.

¿Cuál sería ese motivo? Hoy todo nos une con España; madre e hijas viven en paz y armonía. Los odios y asperezas nacidas a raíz de nuestra independencia, o, mejor dicho, emancipación, ya se extinguieron y pasaron, y a ninguna de las hijas se le ocurre hoy repudiar el idioma castellano por odio a la madre que lo habla. Por otra parte, la falta de comunicación en que estas hijas viven entre sí va siendo cada día menor, gracias al progreso moderno, que ha allanado muchas dificultades, así físicas o materiales como morales. De arte que bien se puede augurar que este aislamiento no llegará jamás a producir idiomas distintos.

En cuanto al temor que algunos abrigan de que venga un día en que el español se corrompa y nazcan de él nuevos idiomas, como de la corrupción del latín nacieron las lenguas romances o neolatinas, carece de fundamento histórico. «El imperio de los Césares, escribe Valera, acabó y se desmembró por invasión extranjera. Pueblos germánicos y de otras razas y lenguas vinieron a establecerse en varias provincias del Imperio, dando origen a nuevos Estados y aún a nuevas nacionalidades; pero el imperio colonial de España ha tenido fin dividiéndose de manera muy distinta, por obra de los mismos españoles de origen que han querido y logrado ser independientes». La analogía, pues, entre la corrupción del latín y el nacimiento de las lenguas romances y la corrupción que se teme del castellano y el nacimiento de idiomas distintos, no puede ser más forzada y nula.

Por último, creen algunos ilusos que el hecho de que los americanos tengamos algunas palabras para expresar las cosas naturales y propias de estas regiones basta para afirmar que el castellano está ya dividido, o que se dividirá en tiempo no muy lejano. ¡Cuánta inocencia! En varias regiones de España sucede lo propio, y nadie teme allí, sin embargo, por la división o desaparecimiento del español. Además, este temor o anhelo revela ignorancia de lo que es un idioma. Una lengua consta de tres elementos: simples palabras, asociaciones o construcciones de palabras, modismos o idiotismos. Las voces y las construcciones siguen las reglas ordinarias de la gramática; los idiotismos, frases figuradas por la mayor parte, se apartan de las dichas reglas, sin dejar por eso de ser algo propio y genial del idioma.

Un idioma, o es todo, o no es nada. Idioma manco o falto de alguna de sus partes es una contradicción. Cuando una lengua carece de un vocablo es porque los que la hablan no tienen la cosa correspondiente a aquel vocablo, y, por tanto, no se les ofrece la ocasión de hablar de ella.

Ahora bien, el chileno ¿es idioma? Ni por ésas. Lo van a ver ustedes. En español *casa* se dice *casa*, en italiano de la misma manera, en francés *maison*, en inglés *house*, en latín *domus*, etc. Y en chileno ¿cómo se dice? De ninguna manera, o se dice como en español. Y entonces, ¿qué idioma es éste que carece de voces para expresar las cosas más conocidas y vulgares? ¿Cómo se expresa en chileno: «Compré este libro a Juan en diez pesos?». Así, de la misma manera que en español. Pues entonces basta: el chileno no es un idioma, porque no

tiene ni analogía, ni sintaxis, ni nada. Tiene tan sólo unas cuantas voces sueltas, que no bastan, ni con mucho, para llamarlo idioma. Don Julio Vicuña, autoridad en la materia, escribe: «¡Famoso idioma, por cierto, digo yo, que no ha sabido formar una sola desinencia, ni crear un solo vocablo que no sea nombre o verbo, como a su vez lo hace, sin jactancia, cualquier paleta de Castilla la Vieja! ¡Famoso idioma, vuelvo a decir, que en lo que toca a la sintaxis no puede anotarse ninguna invención, como no sea uno que otro solecismo estrafalario, acusador de ignorancia más bien que de espíritu de innovación!» (*He dicho*, 237).

Y, sin embargo, este es el idioma por que abogan algunos ilusos y ayunos de toda noción de lingüística; este es el idioma que creen algunos que ocupará mañana el lugar del castellano; este es el idioma que algunos llaman *patrio*, *nativo*, *nacional!!!*

Nó, no hay tal idioma ni cosa parecida. Nuestro idioma no és otro que el castellano, que no está dividido, ni se ve por dónde pueda mañana dividirse. Yo no conozco ningún libro escrito en puro chileno, sin voces ni frases castellanas, y los mismos que patrocinan el chileno escriben, sin duda para ser lógicos, en castellano, y a veces en no mal castellano. Aquí no hay literatura chilena, aunque haya muchos y buenos literatos chilenos. ¿Y por qué? Porque no hay idioma chileno en que esa literatura se manifieste.

Se me ocurre que alguno podría echarme en cara que el papel que estoy haciendo es poco patriótico. A esto respondo diciendo que la verdad no se opone al patriotismo y que se puede y debe decir aún

a la madre cuando, como en el caso presente, va dicha con amor e intención recta y sana.

Confiamos, pues, señores, en que jamás se ha de romper la unidad del castellano en estas repúblicas americanas. Hagamos también algo nosotros porque no se rompa. Procuremos conocerlo mejor, escribirlo con más riqueza léxica y sintáctica y amarlo como amamos a España y a nuestra patria, de cuyo íntimo ser espiritual el castellano es el verbo rico, alado y luminoso. Procuremos destruir todo lo que se oponga o empiece a esta fecunda unidad, seguros de que trabajamos por el bien de las mismas naciones americanas. «Cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo». (Cuervo). Procuremos, por fin, calar hondamente su índole o genio. Para ello estudiemos de preferencia la literatura española. Lo contrario es renegar de nuestra casta, dar de mano a las ventajas y excelencias de nuestra lengua y contrariar profundamente las inclinaciones de nuestro sér o carácter literario.

Yo pienso que hasta por gratitud debemos inclinarnos a los escritores españoles, aunque sin despreciar, por de contado, los de las otras naciones. Yo no puedo olvidar que España nos descubrió, nos conquistó, nos civilizó; no puedo olvidar que a España se lo debemos todo, a España, alma madre de esta América, no latina, expresión sin significado étnico, sino pura y sencillamente española. A ella debemos el tesoro de la religión católica, esencia purísima de nuestro sér y base incommovible de nuestra grandeza; a ella debemos la sangre que alimenta nuestras venas, y con ella

el valor y nobleza de la raza; a ella debemos, por fin, el más rico y gallardo de los idiomas romances, hilo de luz por donde nos comunicamos y conversamos con las más remotas generaciones, sonando a nuestros oídos, cual regalada sinfonía, la épica trompa del incógnito autor de las proezas del Cid, las sabias sentencias de Alfonso X, el grito de dolor de Jorge Manrique, el dulce lamentar de los pastores de Garcilaso, la música de las esferas y del ciego Salinas de Fray Luis de León, la prosa de leche y miel de Fray Juan de los Angeles, el período amplio y rotundo de Fray Luis de Granada y la frase rica, armoniosa y transparente de Cervantes, el más grande novelista del mundo, monarca de las letras españolas y océano en que desembocan con estruendo las aguas de toda la literatura castellana anterior al siglo XVI.

He terminado, señores académicos. Disculpád las faltas de mi discurso. No sé si he cumplido bien vuestro encargo. Acaso haya defraudado vuestras esperanzas. Una cosa sé: que me he esforzado a no defraudarlas, contestando lo menos mal posible al ilustre poeta que, descendiendo de las altas y armoniosas regiones del arte puro, viene ahora a hacernos compañía y a trabajar sin descanso en la obra no tan artística, pero no menos ardua y meritoria, que la Academia de Madrid nos tiene encomendada, de *limpiar, fijar y colaborar*.
